

SCOPPIO

la posada de las *Hijas del Menut*, fundada esta, según parece, entre las de su humilde condición en tiempos más distantes.

El nombre de *Restaurant* se aplicó desde su origen a las hosterías o casas en las cuales solo se daba de comer. Debióse la innovación al genio de un tal Boulanger, quien, habiendo establecido en París en 1.765 una casa de comidas, tuvo la ocurrencia de colocar sobre la puerta de su establecimiento la siguiente inscripción:

«*Venite ad me, omnes qui stomacho laboratis, et ego RESTAURABO vos*».

(Vosotros, todos los que tenéis el estómago débil, venid a mi casa que yo os confortaré o RESTAURARÉ; de cuya palabra se formó el nombre de RESTAURANT)

Corrieron los años y cierto día, cuando diz que el mundo era una birria, vino por fin a San Feliu el primer Restaurante propiamente dicho a cambiar la fisonomía del ramo hotelero o fondista, el del Sr. Gregori, quien lo instaló en la Calle Mayor del Centro, esquina a la del Portalet. Este acontecimiento tuvo lugar el día 7 de Septiembre de 1.879.

Vino el restaurante engraido, ufano, lleno de prosopopeya y de tono culinario con ánimo de dar más esplendor y más empaque a nuestra ex-villa; de colocarla a la altura de las grandes ciudades; de deleitar a los paladares más exigentes por medio de sus guisos y de sus platos de excepción así a la española como a la francesa. Gregori fué aquí el primer conocedor a fondo de la química cocinera y de algunos comistrajos; el que introdujo ciertas especies a más de los aliños, adobos, clavillos, mostazas, alcaparras, cachumbas, perifollos, y las salsas verdes, las nueces moscadas y los diferentes ácidos con que educar, tonificar e incitar a los paladares enjutos, atrofiados o depravados.

Modesto local el del primer *restaurante* cuyo alquiler redújose a unas pesetas al mes y sin alardes artísticos en su instalación. Pero no por eso dejó de constituir una novedad que fué muy comentada. Sus primeras armas abrieron un profundo boquete en la vetusta Fonda; sus arrestos dieron a la ex-villa un semblante distinto del que hasta entonces había tenido y los *ban-*

quetes en los que más sobresalió y que le dieron fama, se preciaron mucho de lo que la fantasía culinaria podía ambicionar. Si fuese posible reconstruir su historial podríamos formar una relación muy curiosa de bodas y bautizos que dejaron larga memoria en aquel San Feliu de antaño.

En los postreros años de su existencia sentaba el *Restaurant Gregori* los reales en la Estación de «*Bell-Iloch*» convirtiéndola en lugar de moda. La fantasía de su arte fué como un augurio, una promesa de lo que medio siglo más tarde iba a ser el hormiguero internacional, el constante desfile de nuestros días. Si volver pudiese por su honor, rendiríase acatamiento a las esplendideces de su cocina, de sus frituras y asados, y a la exquisitez de sus croquetas y de sus *sam-fainas*.

J. Soler Cazeaux

CORREO DE LAS LETRAS

LA FELICIDAD DEL INFELIZ

DE GIOVANNI PAPINI

Los últimos escritos de Papini aparecidos en el «*Corriere della Sera*», y ya ordenados por él, nos llegan ahora en volumen cuyo título encabeza estas líneas.

En Papini se realizó el milagro de que cuando ya las fuerzas físicas le abandonaban, sus valores de espíritu continuaron tensos y vigilantes, prestos a registrar el palpitar de una humanidad, empeñada en cambiar el rumbo de la vida con una larga cadena de desprósitos. El autor agrupó estos escritos bajo el título no traducido de «*Schegge*». En algunos extremos se muestra reiterativo, pero hay fragmentos por los que podemos darnos cuenta de que la mente de Papini, ya en el umbral de la imposibilidad más absoluta, siguió vibrando convertida toda ella en fuerza pura, anulando todos los diques de la materia.

En esta obra el autor trata con su ya peculiar acometividad los más dispares temas. Precisamente de esta acometividad del escritor, nos dice en uno de sus «*schegge*»: «El estilo violento, el estilo con punta y corte es una necesidad; es como una flecha para obtener el efecto de un alfiler en la dermis sin coser de los lectores comunes». Palabras de un valor admirable pronunciadas en sus circunstancias, aunque debemos tener en cuenta la definición que diera Papini de vejez «*amaro far niente*» — «el amargo no hacer nada» — Estos

hombres de selección son los que buscamos para que nos sirvan de puente en nuestra proyección de espíritu. Al llegar aquí casi nos vemos obligados a citar otras palabras de la obra: «El signo supremo del verdadero hombre es el de no dejarse vencer por las circunstancias enemigas y responder audazmente con el «*si*» de la creación, a todos los «*no*» de la destrucción y de la negación». El autor suscribe estas palabras con unas notas sobre Leopardi, las cuales nos sirven para reafirmar el concepto que apuntamos.

Papini continúa en su línea combativa cuando al hablar de Regalia nos recuerda un concepto del dolor de este último: «Quién se encuentra en un estado de calma apacible y satisfecha no tiene razón para moverse». El escritor florentino representó siempre en todos los momentos de su vida el ejemplo vital de hombre que lucha por justificarse, y cuya lucha se prolonga hasta la rúbrica de su presencia física.

Nos habla también de las épocas agónicas en una de sus narraciones: «Un fragmento de pasado seguía existiendo— ¿pero, para cuántos?— en medio del presente» En estas palabras continúa justificándose en la línea en que le hemos encontrado siempre.

Papini, un hombre de corazón, un exaltado de la fé, pero sin salirse de la esencia vital de su mensaje; un cristiano que ve en Cristo la cúspide sublime del sufrimiento y la renuncia, a la vez que el triunfo de Dios por las abnegadas virtudes del Hombre, al recordar a Paul Claudel nos lo presenta «como el hombre plantado en el partido de Dios», al margen de la humildad evangélica, y deslumbrado por la verdad e infatigabilidad de los preceptos de la Iglesia. Para Papini, Claudel es un hombre de Iglesia no un hombre de Cristo. Es un gran católico afincado en la seguridad de la Iglesia verdadera. No es el hombre inquieto que busca su redención en la vida de Cristo.

Hay una narración en el libro que nos presenta a Papini en una faceta extraordinaria. Es aquella en que el florentino nos habla de Etruria y los etruscos de su filosofía del «*mas allá*» y del «*dentro de*», y rubrica sus conceptos, a la vez que sintetiza los principios espirituales de los etruscos, con esta magnífica cita de Kant: «La sublimidad de la ley moral es sólo comparable al cielo estrellado sobre nosotros y a las silenciosas tumbas bajo nosotros» Resumiendo, esta obra interesante por sí, nos sirve de compás de espera para el «*Juicio Universal*» y el «*Diario*», La primera ya aparecida en Italia y en curso de publicación la segunda. Del «*Juicio Universal*» se han tirado ya cinco ediciones desde noviembre pasado en que apareció la obra. Un dato elocuente.

Luis Bosch C.